



PÁGINA DIDÁCTICA

ASESORÍA DOCENTE

N° 111
ABRIL 2024

EXTRACTO DEL LIBRO:

Enseñar distinto. Guía para innovar sin perderse en el camino.

MELINA FURMAN

MIRAMOS HACIA EL FUTURO

La autora propone un ejercicio: Imaginen a los niños, niñas y adolescentes de hoy en diez, veinte o treinta años. ¿Qué tipo de adultos les gustaría que fueran? Escriban una lista, lo más larga que puedan, de rasgos o características que desearían que tuvieran (no las que creen que van a tener, sino las que sueñan para ellos). Consérvenla a mano.

Solemos desear que los adultos del mañana sean curiosos, creativos y comprometidos. Soñamos que puedan colaborar con otros, resolver problemas y seguir aprendiendo toda la vida. Que sean libres y con pensamiento crítico. Y también que se comprometan con su entorno más cercano y con la sociedad en la que viven. Que sean respetuosos con el medio ambiente y sepan cuidarse y cuidar a otros. Y que sean felices y puedan disfrutar de sus vidas. Buscamos que sean apasionados, con sueños propios y herramientas para llevarlos adelante como proyecto de vida. Que sean resilientes y puedan sostener el esfuerzo ante la frustración o la adversidad. Empáticos y solidarios. Y que tengan las herramientas y la disposición para hacer frente, junto con otros, a los grandes desafíos globales que les va a presentar un mundo complejo, cambiante y desigual como el que le tocará vivir a toda su generación: desde el cambio climático hasta las pandemias o los retos de la ciudadanía global.

En los últimos años, la visión colectiva de qué hace falta para tener lo que sea que definamos como una buena vida ha cambiado. Porque nos damos cuenta de que, en el mundo de hoy y en el que se viene, rasgos como la autonomía, la iniciativa, la creatividad, la resiliencia, el compromiso y la capacidad de colaborar con otros resultan fundamentales para cualquier camino que se quiera recorrer.

Pero si ese es el futuro con el que soñamos, entonces surge otra pregunta: ¿qué tenemos que hacer antes? **¿Cómo educar a los jóvenes de hoy para sembrar las semillas de ese futuro?**

La educación nunca es neutra, aunque no siempre nos demos cuenta. Podemos educar de modos que ayuden a construir esa lista de atributos soñados. O bien podemos educar (incluso sin ser conscientes de ello, y con las mejores intenciones) para todo lo contrario, para una suerte de “antilista”.

Por eso, aun con plena conciencia de los múltiples factores que inciden en la formación de cada persona y cada sociedad, creo que vale la pena que nos preguntemos: **¿qué personas estamos formando hoy? ¿Cuánto de lo que hoy sucede en las aulas contribuye a construir la sociedad que soñamos, y cuánto lo limita?**

La autora parte de estas preguntas porque cree profundamente que lo que hacemos hoy en nuestro “metro cuadrado de incidencia” cuenta, y mucho, tanto para el presente –es decir, la vida que queremos que los estudiantes tengan hoy– como para su futuro individual y colectivo.

La invitación a lo largo de estas páginas será, entonces, a mirar y a mirarnos, a pensar, a buscar transformar en nuestra tarea cotidiana como educadores aquello que queremos mejorar. Y también a identificar lo que ya hacemos bien y queremos conservar, en pos de que nuestra tarea tenga mayor sentido, nos ayude a seguir creciendo profesionalmente y contribuya al cambio que queremos ver en nuestro mundo.

¿POR QUÉ HACE FALTA INNOVAR EN EDUCACIÓN?

La autora se pregunta: ¿Por qué partimos de la idea de que hay que innovar en educación? ¿Cuál es el problema de dejar todo como está? Estas dos preguntas no son para nada triviales y vale la pena que podamos hacérselas en serio. Porque, a veces, pareciera que hay que cambiarlo todo por el mero cambio en sí mismo. Como si cualquier cambio fuera positivo. Como un sello de estos tiempos en los cuales la innovación se postula como un valor indiscutido. Como si no hubiera nada por conservar y fuera necesaria una demolición de la educación actual para poder pensar en una distinta. A pesar de que el cambio implique dejar de lado lo que funciona, lo que hacemos bien.

En este libro Melina Furman habla de innovar, pero como parte de una búsqueda que surge de su recorrido como investigadora y docente. Que viene de la mano de una preocupación profunda por el sentido y la relevancia de lo que hoy estamos enseñando en nuestro sistema educativo, en un mundo que ha cambiado aceleradamente en las últimas décadas y –está de más decirlo– seguirá cambiando. Un mundo que nos plantea nuevos dilemas y desafíos. Y, a la hora de pensar qué rol tiene la educación, nos interpela la necesidad de construir **vínculos saludables y proyectos de vida con sentido**.

Aun cuando los docentes enseñamos con esfuerzo y dedicación, haciendo lo que creemos que es lo mejor para nuestros alumnos, todavía tenemos mucho por transformar si queremos una educación con sentido, relevante, motivadora y que prepare con eficacia a los estudiantes para vivir de manera plena en el mundo actual y en el futuro. Como suele decir el investigador Arthur Costa, queremos prepararlos “no para una vida de pruebas, sino para las **pruebas de la vida**”.

Las investigaciones muestran que, contemplando el sistema educativo como un todo, nuestras clases son mayormente expositivas y de baja demanda cognitiva, en particular a medida que los alumnos se hacen más grandes. Aunque hay notables excepciones de docentes e instituciones educativas en todos los niveles que enseñan de maneras potentes y desafiantes, el panorama general muestra que, a medida que van avanzando en la escolaridad, los estudiantes suelen tener un rol pasivo en las clases, de consumidores de datos y conceptos que no terminan de comprender del todo y que tienen poco anclaje en la vida real.

Pero hay algo más: en la escuela no solo se aprenden contenidos, sino **maneras de ser y estar en el mundo**. La escuela tiene siempre, en palabras de Philip Jackson, un **currículum oculto**, es decir, esos aprendizajes (reglas, valores, sentimientos, comportamientos) que los estudiantes incorporan aunque no figuren en el currículum oficial ni se enseñen con intención expresa o sean buscados. Son esos aprendizajes

que suelen dejar huellas profundas para la vida, a menudo más que lo que se enseña de manera deliberada.

Lo que más le preocupa a la autora de cómo estamos educando hoy, es justamente ese currículum oculto: los jóvenes aprenden que aprender no es algo que hacen para ellos mismos, sino para otros. Que es repetir sin entender del todo. Que lo que estudian no necesariamente tiene que resultar interesante. Que hay que estudiarlo simplemente porque está ahí, porque me lo dieron. Que las clases no tienen que convocarlos a pensar por ellos mismos y a ampliar su universo de ideas. Que no es grave no entender o que, si no entienden, es porque hay algo malo en ellos mismos, porque no son buenos en esa materia.

Si no cambiamos cómo enseñamos, estamos formando generaciones que tienen distorsionado el sentido mismo de qué significa aprender y para qué sirve estudiar. Esto es muy grave, porque si hay algo que queremos dejar a jóvenes de hoy es la capacidad y el deseo de seguir aprendiendo durante toda la vida, y la convicción de que aprender nos nutre, nos hace bien.

Es por eso que tenemos que innovar. No porque haya que cambiar por cambiar. Sino porque **la educación de hoy tiene que tener sentido para quienes aprenden**. Tiene que despertar (o mantener encendidas) las ganas de aprender. Y, claro está, tiene que lograr que ese aprendizaje se produzca.

Como suele enfatizar Pepe Menéndez, referente internacional en procesos de transformación escolar, **la educación tiene que conectar con el proyecto de vida de cada estudiante**. Hacer que ese proyecto de vida crezca, se transforme, expanda sus límites. Y hacerlo para todos, sin dejar a nadie afuera.

Las universidades pueden ser esos lugares en los que los estudiantes florecen. En los que el aprendizaje hace que los ojos brillen. En los que los docentes sienten, con orgullo, que lo que hacen cada día vale la pena.